

NOELIA PENA

El agua que falta



A Belén

Es ya tiempo de tener tiempo.

I
Trazos



Líneas

De múltiples maneras las líneas divisorias que hemos aprendido a trazar, y entre cuyos límites nos movemos a lo largo de nuestra vida, nos hacen aún más difícil vivir. El pequeño horizonte de seguridades, que tanto nos esforzamos en decorar, acaba tomando la forma de un espacio no sólo limitado, sino limitante. ¿Cómo puede ser que hayamos llamado seguridad a los escasos tres pasos que conseguimos dar antes de tropezar con la siguiente pared? ¿Nos protege de algo esta fina pared? Ni tan sólo de nosotros mismos. Pero levantamos muros y añadimos todo tipo de paneles divisores a un mundo que nunca parece llegar a estar suficientemente dividido.

Mientras, sin darnos apenas cuenta, el tiempo, el mismo tiempo que hace oxidar algunos metales, oxida también la Historia, hace que se rompa por el mango el cazo con todas las explicaciones que en él guardamos. Las líneas se desprenden y se rompen, se pierden junto a la seguridad de

unas divisiones sólo sostenidas por la costumbre, cierto hábito que nos llegó a hacer confundir la realidad nombrada con la única realidad posible, creer que llamábamos a las cosas por su nombre cuando decíamos «separación de poderes» o «estado de bienestar».

Enseguida nos agachamos para recoger los pedazos, con esmero los juntamos y los devolvemos al cazo, esperando conseguir de alguna forma engañar al tiempo, pero el tornillo está oxidado; nuestra historia también lo está. Todas las explicaciones, esas que hasta hace poco repetíamos para tranquilizarnos, parecen escritas en un idioma extranjero. El cazo nos resbala de las manos. Pero no es el miedo a lo desconocido lo que nos pone nerviosos, sino nuestras ganas de inventarlo y no saber exactamente por dónde comenzar.

*

Espacio de enunciación

Tomar la palabra no es pedir el turno de intervención sino abrir un espacio de enunciación nuevo. La violencia del lenguaje consiste en decir lo que aún no está dicho, lo que no existe porque no ha sido aún nombrado. El acto de creación es a la vez un acto de violencia. Tomar la palabra lo es en la medida en que significa hablar en momentos en los que no somos invitados a hablar; significa interrumpir la secuencia que organiza y controla la producción y límites

de los discursos. Nunca se dan unas condiciones ideales previas a la toma de la palabra. La palabra se toma en momentos en los que el escenario no está preparado para desarticular nuestro discurso, pero tampoco para impedir nuestro acto de habla. Hablaremos en donde no se nos espera. Vale decir, abriremos un espacio para traer a la palabra nuestros temas.

*

Perder el miedo

Dejar de sentir que estamos solas frente a la realidad es nuestro comienzo. Esto significa dejar de tener miedo. Significa desafiar la norma que el capitalismo impone sobre nuestros cuerpos, norma que hace de nuestra soledad mordaza que nos impide expresar qué nos sucede. Es en nuestra negociación diaria con múltiples micromiedos donde enfermamos. «¿Cómo perdemos el miedo?» es la única pregunta que no dejaremos nunca de hacernos. ¿Estamos preparadas para devolver la mirada a quien necesite unos ojos?

*

La aguja

El semáforo se pone en rojo. Llegas tarde otra vez. El hombre se acerca. Lo ves a diario. Cojea siempre del mismo

lado. El letrero es también el mismo. Sobrevive a la lluvia porque está plastificado. Los ojos son los mismos. Sobreviven también a la lluvia. En la radio dicen que el frente frío seguirá hasta el domingo. El cristal empieza a empañarse y enciendes el aire. Ahora miras la aguja que marca el nivel del depósito. La aguja. Ha subido mucho. La gasolina. Ha subido mucho. Una sombra se detiene un segundo a la altura del coche y pasa de largo. Levantas ya la vista. Hace días que eres incapaz de mirarle a los ojos. Te sientes una mierda. Llevas tres meses viéndolo a diario y no le has dado nunca nada. Nunca. El semáforo se pone en verde.

*

Orden temporal

Se dice que primero pensamos y después realizamos un cambio. Sin embargo, el orden es el inverso: es necesario haber realizado un cambio para poder pensar el cambio. No pensamos una transformación que vendrá, pensamos la transformación que se ha producido. No hay anticipación. El pensamiento viene siempre después. Es necesario comenzar a pensar. La ayuda que ofrecemos a las cosas es hacerlas pensables. No lo hacemos a elección. Es la realidad que nos atraviesa la que nos fuerza a pensar. No elegimos nuestros temas, son los temas los que nos eligen a nosotros. Ello no evita que podamos traicionarla; pode-

mos traicionarnos. Lo determinante es entonces decirnos la verdad, pensar con honestidad, a nosotros mismos y al mundo. Esta es una de las condiciones para hacer del nuestro un pensamiento situado. Cuestionar el orden que dispone primero el pensar y después el ser es cuestionar la estructura que, anticipando el cálculo de riesgos y beneficios, despliega el tiempo que nos gobierna. Es cuestionar el sentido común. La misión de todo pensamiento es acabar de soltar el lastre que cualquier dosis de finalismo supone para el mundo. En cada lugar, asunto o situación donde se dice explícita o implícitamente «no hay nada que pensar». Es ahí donde realmente es necesario empezar a pensar. Porque una transformación se ha producido, es momento de pensarla.

*

Derrota

No sé cuántas veces puede el mundo llegar a perderse. Quizás cada uno de nosotros lo perdemos una o cien veces. A diario con cada palabra estrangulada en la boca, en cada silencio forzado.

Derrota es pensar que no queda nada por decir.

*

Campo de tiro

Al comienzo de *El hombre de la multitud*, Edgar Alan Poe hace referencia a un enigmático libro, el *Hortulus animae*, que «no se deja leer». Una sensación parecida es la que tenemos a diario con la realidad. En la fractura entre el lenguaje del que disponemos y el capitalismo incrustado en nuestro cuerpo es donde se inscribe la crisis que nos hace imposible la lectura del mundo, crisis de palabras. Las que tenemos parecen no servirnos y las que nos hacen falta no sabemos dónde encontrarlas. Frases automáticas y significados mecanizados nos permiten decir cosas concretas, con muchas variantes, pero muy pocas posibilidades. Una intervención semántica es la operación política que necesitamos. Hacernos con la palabra no será responder a una pregunta o consulta que ofrezca dos o un número n mayor que 1 de alternativas. Tomar una decisión no es dar una respuesta. Ni tan sólo nuestra libertad depende de cuál sea el valor de n .

Las palabras que necesitamos serán incomedibles para el poder. Nunca están entre las palabras del campo semántico del discurso autorizado. Incomedibles en la medida que no obedecen a la lógica del mercado; la de las ofertas, demandas y alternativas; no son reclamos: no nos venden, no nos publicitan. Esta intervención semántica comienza por perseguir las palabras, perseguirlas hasta que un día las encontremos en nuestras manos. Entonces nos concederán la

ilusión de ser nosotros quienes las hemos elegido, pero son realmente las palabras quienes nos toman a nosotros por sorpresa. Medirse con el lenguaje es entrar en su campo de tiro. Tomar la palabra es exponerse a ser atravesados por ella.

*

26/02/2014 16.03

La realidad nos mira desafiante. Queda por saber qué preguntas restan a día de hoy, si nos quedan aún dudas por disipar. Cuál es el motivo que nos hace recorrer una y otra vez los mismos caminos disciplinados. Qué autorización seguimos aguardando, el permiso de quién.

*

Combatir políticamente el miedo

En algunos barrios de Nueva Orleans es habitual que la gente se salude por la calle, como si se conocieran desde hace tiempo. Incluso si te incorporas a la rutina de forma ocasional el protocolo funciona. Una amiga cuenta que es un mecanismo de defensa social, una forma de protegerse. La amenaza viene en forma de noticias constantes sobre violencia que tratan de generar miedo y que proyectan las televisiones estadounidenses con machacona reiteración.

Puede ser tras lo ocurrido en Boston, tras el secuestro de unas chicas en Cleveland o tras el desfile del día de la madre en la propia Nueva Orleans. Se trata de generar una permanente sensación de paranoia y desconfianza en la sociedad.

JACOBO RIVERO, «Assata Shakur: nosotros y ellos»,

Diagonal, 2013

La experiencia de la inseguridad vivida en Nueva Orleans me hace tomar conciencia de la necesidad de generar espacios de vida en común que excluyan el miedo. No sé cómo se hace. Pero la línea de demarcación entre «nosotros» y «ellos» es una línea problemática. En un momento determinado nos protege y al siguiente es la frontera que nos deja fuera. Los riesgos de los marcadores son grandes. Ese «nosotros y ellos» acaba fácilmente contribuyendo a que las comunidades devengan unidades cada vez más pequeñas y cerradas; en lugar de expulsar el miedo, hacer crecer la sospecha sobre partes de la población cada vez más amplias, las no identificadas. ¿Cómo se combate el miedo que generan los medios de comunicación y que a su vez gestiona la propia política? ¿Por qué da miedo la presencia de la policía en las calles?

*